

TEOLOGIA DE LA VOCACION

ISIDORO CARRASCO AGUILAR

1. Naturaleza de la vocación

A) *Elemento humano de la vocación*

Después de haber hecho el estudio de la vocación en la Escritura, Santos Padres últimos Pontífices y en el Concilio Vaticano II, sólo cabe sacar conclusiones que nos llevan a lo que puede ser la naturaleza misma de la vocación, cosa, sin embargo muy compleja.

Esta complejidad, que se daría en cualquier vocación, se da aún más en la vocación sacerdotal, en la que tanto se mezcla lo natural con lo sobrenatural. Por eso aunque en la realidad se den mezclados, vamos a intentar estudiar por separado su elemento humano y su elemento divino.

El hombre aún tiene que adelantar mucho en el conocimiento de sí mismo. Sería la Psicología la ciencia que tal vez pudiera prestar más servicios al hombre en la orientación de su propia vocación. Pero, hoy mismo, es la Psicología la que nos muestra en este terreno las perspectivas más interesantes.

Según la Psicología, la vocación de un individuo puede venir dada por innumerables circunstancias sucedidas en los primeros días de existencia. Así opina Rof Carballo, que cita entre estas circunstancias aparentemente triviales el modo de enfadar a un niño, de llevarle de un sitio a otro, el modo de limpieza, el trato cariñoso o duro de sus progenitores, la educación de los esfínteres, el horario de alimentación, etc.

Es capital la acogida que se le presta al nuevo miembro, pues, «no se trata, como hasta ahora podía pensarse, de una modelación tan solo del «carácter» o de la futura «persona moral», sino de una verdadera labor profunda de estructuración de la forma o estilo que tiene el hombre de «hacerse cargo de la realidad» «y esto es fundamental ya que» quien llama a una u otra vo-

cación es una determinada estructura en la coexistencia o en la convivencia, es decir, el estilo existencial de «un grupo humano»¹.

Y esto es comprobable por la misma historia, que ha dado distintas vocaciones en cada época según sus características propias, así unas fueron, por ejemplo las vocaciones de la Edad Media y otras las de nuestra época dominada por la técnica.

Según esta concepción, Rof Carballo divide las vocaciones en dos grandes grupos: vocaciones acogidas y desacogidas. «...Las acogidas, aquellas en que concuerdan las vocaciones individuales con las que la estructura social ha creado, y vocaciones desacogidas —en las que caben— posibilidades de existencia humana no realizadas en el tipo humano de convivencia...»².

Dentro de las desacogidas estarían todas aquellas vocaciones que en un momento dado se les llaman extravagantes por no adaptarse a la realidad del medio social en que viven, por «hacerse cargo de la realidad» de otra forma diferente.

La vocación sacerdotal habría que enmarcarla en las llamadas vocaciones diatróficas, «una de las vocaciones más radicales que existen en las entrañas del hombre». «*Diatrofos* —en griego: apoyar, sostener— es una de las vertientes que tiene en el hombre la sexualidad, ya que, como he indicado, no es exacto reducir ésta a la simple escenografía de la procreación. Junto a las hormonas gonadales estrictas, hay en todo organismo algo complejo tan indispensable como ellas, las hormonas del cuidado de la prole, sin las cuales la vida se extinguiría sobre la tierra, aunque el acto de reproducción estuviera perfectamente garantizado»³.

Según los psicólogos, estas vocaciones diatróficas tienen su raíz en una situación de desamparo vivida en los primerísimos momentos de la vida y que después se traducen en una vocación de servicialidad o ayuda por un mecanismo de identificación con la actitud maternal.

Este sería el caso de la vocación al sacerdocio, considerada por Rof Carballo como una de las vocaciones acogidas con gran raíz diatrófica. Veamos su propia descripción:

«El primero, el profesor, se conforta en su invalidez ayudando al discípulo a estar seguro dentro de un mundo bien ordenado, estructurado por el saber de la época en forma tan perfecta y completa que parece no dejar resquicio para la angustia...

El segundo, el médico, al promover con su ayuda las fuerzas biológicas de auto-curación, ...se identifica con lo que en la Naturaleza hay ya de diatró-

1. J. ROF. CARBALLO, *Vocación y subsciente*, Rv. Psicol. y Aplic. 15 (1960) 381.

2. Id. p. 383.

3. Id. p. 384.

fico y alimenta así, inconscientemente, su sentimiento infantil de omnipotencia...

Finalmente, tenemos la vocación sacerdotal, considerada aquí tan sólo en lo que podríamos llamar su base natural o «disposición» física... También es una vocación diatrófica y de orden complejo. En ella puede jugar un gran papel la faceta ordenadora como en el profesor, y entonces tenemos al moralista y al dogmático. O bien predominar la faceta maternal y entonces tenemos al hombre de caridad, al que antepone a los restantes aspectos de su actividad religiosa la actividad evangélica, el amor al prójimo. Pero quizá la raíz primordial sea mucho más profunda y provenga de intuir, a través de la vivencia y de la identificación diatrófica, lo que Zubiri ha llamado la fundamentalidad de la existencia humana y, por tanto, la profunda verdad —y el grandísimo consuelo— de la religación. Es acaso esta la gran vereda subterránea —subconsciente— por la que el hombre acierta a anastomosar sus pobres caminos humanos con los de la Gracia» 4.

Me parece bastante exacto este modo de concebir la vocación sacerdotal en lo que tiene de elemento humano.

Marañón distinguía otros dos tipos de vocaciones: las de amor y las de querer.

«La vocación genuína, pudiéramos decir ideal, es algo muy parecido al amor». Es —ha dicho Pierre Termier— una pasión de amor». Por tanto, una pasión que tiene las características del amor, a saber: la exclusividad en el objeto amado y el desinterés absoluto en servirlo. «Es distinta del «querer», que es interesado, con aspiración a poseer el objeto querido, que a la vez es compatible con querer otras cosas o personas. «Por esto la vocación ideal es no solo parecida al amor, sino muy parecida al amor religioso. Y he aquí por qué, no en vano, la vocación más pura, la que, en castellano y en todos los idiomas latinos, representa, casi por antonomasia, a la vocación, es la de la vida religiosa.

...se acercan a las condiciones rigurosas del imperioso llamamiento: la del artista, la del sabio y la del maestro...

Mas la diferencia esencial entre estas vocaciones y la religiosa es otra: las vocaciones de elevada categoría que hemos mencionado suponen una aptitud. La vocación auténtica no es nunca platónica, sino que implica inmediatamente el «servir» al objeto de la vocación. Para descubrir, para escribir, para enseñar hay que «servir», y se necesitan, por tanto, ante todo, dones innatos y magníficos del alma y de la personalidad entera. La vocación, en último término, no es más, en estos casos, que «la aspiración a servir, de una aptitud todavía no revelada». Y esta aptitud, aunque de rango elevadísimo,

4. Id. pp. 385-386.

en el artista, en el investigador y en el maestro, relaciona ya, sin embargo, las altas y puras vocaciones con las vocaciones de menor categoría, las del oficio, que se basan en una simple aptitud manual. En tanto que la covación religiosa no requiere aptitud especial de ninguna clase, ni siquiera contextura física particular. Cualquier ser humano, con estas o con las otras aptitudes, o con ninguna, pueden ser santo: porque basta para serlo la pura y única vocación. El santo sirve a Dios, objeto universal, rezando, contemplando, extasiándose, trabajando, dejándose matar: para todo ello sólo se requiere vocación...»⁵.

Según esto, vocación es la aspiración a un servicio para el que se tienen unas aptitudes, que cuando se trata de la simple vocación a la santidad no son necesarias. Así son las «vocaciones de amor».

Cuando no es sólo por amor, sino que se espera remuneración, cuando no es sólo por servir a tal ciencia, sino para servirse de ella para hacerse rico, cuando no se posee toda la aptitud, entonces se escoge una profesión porque se quiere. Estas serían las vocaciones de querer. La verdadera vocación habría que reconocerla, según Marañón por los «signos inequívocos del amor». Debería tener todas las características del amor. Se necesita tener una aspiración a un servicio desinteresado para el que se tiene una aptitud.

Pero todo esto a veces es muy difícil de descubrir, ya que se requiere una madurez, que en muchos casos no se logra hasta después de pasados bastantes años de vida matrimonial o profesional. El desarrollo de la plena personalidad, en la que se pudiera descubrir la propia vocación, puede ser muy tardío.

Por eso la voluntad tiene una fuerza creadora de la propia vocación que se haya elegido equivocadamente. Sobre la voluntad pueden ejercer su influjo los caracteres específicos de la vocación elegida y ella puede esforzarse y adaptarse al destino que la vida le proporcionó.

Son, pues, muy complejos los factores que pueden integrar una vocación, incluso humanamente hablando. Puede venir dada por los detalles más fortuitos de los tiempos de nuestra primera infancia. Por esto pueden surgir vocaciones de niños, aunque no es lo normal. De ellas dice Marañón: «Este tipo de vocaciones espontáneas, instintivas, que surgen antes de los años de la razón, son, sin duda, las menos frecuentes; pero, en general, las que dan frutos más eficaces. En la mayoría de los casos la vocación se forma más tarde, por motivos en apariencia más lógicos, pero de mucha menor calidad espiritual y, desde luego, más expuestos al fracaso. Entre estos motivos de la vocación tardía el más frecuente es el espejismo del héroe...»⁶.

5. G. MARAÑÓN, *Vocación y ética*, Madrid 1947- pp. 30-33.

6. G. MARAÑÓN, *La vocación*, Rev. Psicol. Gen. y Aplic. 15 (1960) 133.

A este elemento humano de la vocación es al que R. Hostie llama vocación externa para distinguirla de la vocación divina y de la eclesial. Esta vocación externa la formarían un conjunto de cualidades, que reduce del siguiente modo:

- 1) Aptitudes,
- 2) salud física,
- 3) salud psíquica y
- 4) equilibrio espiritual ⁷.

El P. Emilio Cid González, C. M., llama al elemento humano vocación natural, para distinguirla de la sobrenatural. En un trabajo presentado al Congreso Nacional de Perfección y Apostolado ⁸, recoge en un esquema los elementos que integran esta vocación:

Vocación natural

- a) Elemento material: aptitud
 - Física
 - Temperamental
 - Intelectual
 - Moral
- b) Elemento formal: inclinación natural
 - Conocimiento previo
 - Intención recta
 - Decisión de la voluntad

Juan Zaragüeta dice que el hombre está constituido por una serie de cualidades que sistemáticamente organizadas vienen a ser su carácter mental y su temperamento corporal. Estas cualidades se entrelazan por múltiples relaciones.

En el orden mental la vocación se constituye por la aptitud: «capacidad sobresaliente sobre el término medio o común que de ellas se da». Es el aspecto efectivo de la vocación. Y la afección, que es la inclinación hacia algo que lo hace apetecible o agradable. Es el aspecto afectivo. Ambas se complementan, pero no se implican. Una nos hace poder, otra querer y entre las dos logramos la eficacia ⁹.

7. R. HOSTIE, *El discernimiento de las vocaciones*, Desclée de Brouwer, 1962, pp. 33-63.

8. E. CID GONZALEZ, C. M., *Actas del Congreso de Perfección y Apostolado*, t. III, p. 728.

9. JUAN ZARAGUETA, *La vocación como problema*, *Rev. Psicol. Gen y Aplic.* 15 (1960), 799-814.

La profesión es una actividad concreta en la gran tarea social. Pero no siempre coinciden vocación y profesión.

La orientación profesional es una especialización dentro de la Psicología. Existen innumerables pruebas psicológicas para conocer las aptitudes y las aspiraciones reales.

El P. Julián Ibáñez resume en una fórmula lo que pudiera constituir la vocación. Sería como sigue:

<i>Interés vital</i>	+	<i>Aptitud</i>	+	<i>Posibilidad extrínseca</i>	=	<i>Vocación</i>
Preferencias		Física		Académica		
ocupacionales		Moral		Moral		
		Intelectual		Económica		
		De carácter		Familiar, etc. ¹⁰ .		
		Aptitudes				
		especiales				

Creo que este esquema auna bastante bien todos los elementos que componen la vocación. El interés vital serían las aspiraciones reales, las inclinaciones, el aspecto afectivo de esta vocación. Las aptitudes serían el elemento, efectivo, que hacen poder servir ese interés ocupacional. La posibilidad extrínseca hace factible de hecho esa realización.

Tratándose de la vocación sacerdotal se podrían concretar todos los elementos de que se compone la fórmula anterior. Tendríamos en el aspirante al sacerdocio una verdadera vocación diatrófica, como vimos antes.

El interés vital del que tiene vocación, aunque puede coincidir con otros intereses diversos, predominantemente van dirigidos hacia el hombre. Pero el hombre puede ser considerado como cuerpo, como espíritu y como comunidad social. Principalmente el interés del que posee la vocación va dirigido hacia el hombre como espíritu y como sociedad.

No es que no le interesan otras actividades técnicas, artísticas, de investigación, etc., sino que su atractivo principal lo pone en servir al hombre, en interesarse por él, en hacer algo provechoso por él. Y esto en todos los planos aunque si el interés se centrara sobre el plano corporal, la vocación sería de medicina, y si fuera en el aspecto social exclusivamente, tendríamos la de político, asistente o graduado social. etc., Si es por el hombre como espíritu tendremos al psicólogo o al sacerdote.

Entre las aptitudes que puede tener un sujeto que le inclinen a la vez que le hagan capaces de la vivencia del ideal sacerdotal, podemos citar dos principales: el alocentrismo y la tendencia transcendental.

10. JULIAN IBAÑEZ, *Método de Orientación Profesional Preuniversitaria*, Madrid 1965-p. 203.

El sacerdote es un hombre eminentemente alocentrista. Es el hombre que debe renunciar a su egoísmo para darse entramente a los demás. Y así es, precisamente el alocéntrico.

Alocéntrico es el individuo en el que predomina el sentimiento del «otro» tanto como el sentimiento de «sí». Es el que tiene una capacidad tan grande de identificarse con otro, que le da tanta importancia como a sí mismo, por lo que fácilmente se pone bajo su mismo punto de vista, adopta sus mismos sentimientos.

Es una capacidad de simpatizar con el otro, de compadecer al otro. Se pone en el lugar del otro, se identifica hasta cierto punto con él, por lo que siente como propias las necesidades, dolores y angustias de los demás. Esto mismo hace surgir en el alocéntrico una necesidad de sacrificarse por los demás, de servir a los demás, de darse a los otros.

Al alocéntrico está situado en una actitud espontánea de benevolencia para con todos, fácil a la ternura y al afecto. Las cosas de los demás nunca le son indiferentes, y esto hace brotar en él una tendencia a darse a los hombres, le conduce a una vocación de servicio a los demás.

La vocación de servicio a los demás podría concretarse en distintas especies de servicio a los hombres. Pero la concreción al servicio en lo sacerdotal suele darse cuando al alocentrismo se añade el interés por los valores transcendentales.

El que tiene tendencia transcendental, no concibe la vida sin Dios. Es el hombre que palpa la insatisfacción que causa la vida. Anhela algo que nunca encuentra en lo que la vida puede ofrecerle. Siente la necesidad del más allá, la necesidad de Dios. Nota que no se basta, se da cuenta de su contingencia y descubre la riqueza de la religación con Dios.

Ve las cosas de la vida como algo relativo y tiende hacia lo absoluto. Dios es para él la fuente y el fin de todo ser. En Dios encuentra la plenitud de todo.

Cuando un individuo es alocéntrico y religioso por temperamento, su necesidad de darse se concreta en un servicio al hombre en lo religioso. Esta sería la base natural de toda vocación al sacerdocio.

Estos factores no son únicos. Su emotividad, actividad, secundariedad, amplitud de campo consciente, agresividad, sociabilidad, afectividad, etc. deben de formar un conjunto equilibrado, que le inclinen en el mismo sentido.

Por regla general, cuando los autores se ponen a enumerar las cualidades que debe reunir cualquier candidato al sacerdocio creo que se exagera. El candidato debe ser un hombre perfecto en todos los sentidos. San Pablo habla de que sean hombres irreprochables, pero no es lo mismo ser irreprochable que ser un superhombre.

Ya hemos visto que cuando Marañón se refería a la vocación de santidad

no exigía cualidades ningunas. No es lo mismo vocación a la santidad, que la tienen todos los bautizados, que vocación al sacerdocio. El sacerdocio por lo que tiene de tarea social exige ciertas cualidades. Sin embargo la Escritura siempre hace ver que Dios sólo se fija en el interior del hombre y no en las cualidades externas, ya que la obra es de Dios y no del hombre.

No obstante no se pueden despreciar las cualidades, hay que reconocer la idoneidad, tenemos que emplear todos los medios a nuestro alcance para esdriar al sujeto, de modo que no hagamos apreciaciones demasiado subjetivas. Pío XII dijo lo siguiente acerca de esto:

«El alumno debe ser examinado a fondo, ya sea en su personalidad, ya en sus múltiples manifestaciones, sobre todo en la variadísima gama de la esfera psíquica, sentimental, emotiva... Los medios sobrenaturales deben, ciertamente ocupar el primer lugar, pero no se pueden descuidar todos los recursos que la ciencia pedagógica y la psicología pueden ofrecer. Y cuando no basta la experiencia propia se deberá consultar al especialista sin ceder a doctrinas o prácticas no conformes con los principios de la moral católica. Las caute-las en este campo tan delicado no son nunca demasiadas: tanto más, que, según el parecer de competentes psicólogos, los jóvenes de nuestro tiempo presentan con frecuencia un notable desnivel entre la madurez psíquica y la física, lo cual podría determinar deducciones falaces en quien se contentase con apariencias»¹¹.

Todas estas cualidades, en el hombre llamado al sacerdocio serían, pues, fundamentalmente el alocentrismo y la religiosidad.

B) *Elemento divino de la vocación*

Es este el apartado más difícil de todo el estudio relativo a la vocación. Fácilmente se puede desenfocar la cuestión. Es el terreno donde existen más polémicas.

Existe, efectivamente, un llamamiento de Dios. Una elección por su parte. Pero el gran llamamiento de Dios es a la salvación. La primera gran llamada es el bautismo. Por el bautismo se nos llama a formar parte del Pueblo de Dios, de la Iglesia. Ser llamado a la Iglesia es ser llamado a la salvación, pero no sólo a la salvación personal, sino a ser colaborador de la salvación, de todos los hombres.

Ultimamente se ha hablado, y con mucha razón, de la complementariedad de las vocaciones. La razón está en lo que dijimos al principio. La Iglesia entera es la sustituta de la misión de Cristo sobre la tierra. Todos los bautizados son llamados a colaborar en esta gran misión.

11. Pío XII, Carta al Episcopado Mundial con ocasión del tercer centenario de la muerte de san Vicente de Paúl.

El hecho de decir sí al bautismo es comprometerse a aceptar la tarea que se le quiera encomendar dentro de la Iglesia. Es toda la comunidad la que comunica la salvación, pero cada uno en parte. Y todo bautizado debe tener la disponibilidad suficiente para aceptar después una nueva vocación específica dentro de la Iglesia.

Por lo tanto la primera raíz de la llamada al sacerdocio está ya incluida en el bautismo. La Iglesia entera, para realizar la misión que Cristo le encomendó necesitará de la diversidad de vocaciones específicas. Y todas juntas se complementarán para realizar la vocación total de la Iglesia.

Todos los cristianos por su vocación bautismal, tiene que tener una actitud de servicio a todo el pueblo de Dios y a su acción misionera en el mundo. Y uno de los servicios que es imprescindible en el Pueblo de Dios es el sacerdocio.

Puestos en esta contextura, podemos ponernos a estudiar el elemento divino en la vocación.

Según hemos analizado en la Sagrada Escritura, Santos Padres y doctrina de la Iglesia, existe una elección por parte de Dios. El problema principal sobre el que más se ha discutido es si este llamamiento se hacía directamente a los elegidos, o el llamamiento era indirecto, sólo a través de la jerarquía. Fue la principal cuestión que Lahitton puso sobre el tapete. Sin embargo, creo, que en definitiva, la cuestión no tiene tanta importancia. Aunque si el problema nos lo planteamos como cuando tratamos del elemento humano con la diferenciación que hicimos entre vocación y profesión, sin duda que el sacerdocio hay que conceptuarlo como una vocación.

Conocer el designio eterno de Dios sobre cada individuo no es nada fácil. Sin embargo debemos de interpretar cuál sea la voluntad de Dios sobre nosotros.

Aunque hoy existen quienes consideran al sacerdocio como una función más en la sociedad, como médico o zapatero y que no necesita ni elección ni gracias especiales. No obstante, pensar así creo que no es pensar con mentalidad evangélica. Y hasta en la Ciudad Secular de Harvey Cox, que es uno de los libros más avanzados de hoy, se ponen unas líneas en sentido contrario:

«La Biblia no conoce ningún caso en que un hombre sea llamado por Dios a una profesión terrenal. S. Pablo, por ejemplo, es llamado a ser apóstol; no es llamado a ser un tejedor de tiendas... No podemos con propiedad hablar de que Dios llame a un hombre para ser ingeniero o médico o maestro.»¹²

Efectivamente creo que el sacerdocio es una auténtica llamada de Dios y no es comparable a ninguna otra función profesional. El sacerdocio no es

12. ALAN RICHARDSON, *The Biblical Doctrine of Work* (Naperville ill.: Inc., 1958. Londres: s.c.m. Press), vol. I de «Gaimenical Bible Studies», pp. 35-36, citado por Harvey Cox, *La Ciudad Secular*, p. 209.

una profesión, sino una vocación. Además de su elemento humano tiene otro elemento divino, estando ambos maravillosamente entrelazados.

La teoría de los autores modernos sobre esto, creo que podría resumirse en lo que dicen Marcel Delabroye y Raymond Izard. En toda vocación interviene como

- causa eficiente primera, Dios
- causa eficiente segunda, la Iglesia en la Jerarquía
- causa dispositiva, la Iglesia en sus miembros e instituciones
- causa final, la edificación de la Iglesia ¹³.

La llamada divina es totalmente necesaria en cualquier vocación auténtica, ya que es, como decía Pío XII «el fundamento» sobre el que se edifica toda vocación. Pues todo don viene el Padre de las luces.

A veces se ha querido suprimir este elemento de la vocación como reacción a un misticismo o interiorismo exagerado, pero la mayoría de las veces, si no se quiere contar con él es por la dificultad de constatar este elemento en la práctica.

Sin embargo, como dice el P. César Vaca, «la vocación es esencialmente sobrenatural, es obra de Dios en el alma, pero se revela, se manifiesta. Se hace fenómeno empírico y psicológico y por ello se pone a nuestro alcance, lo sobrenatural tiene una proyección humana que podemos estudiar, analizar y constatar» ¹⁴.

No obstante no deja de ser una cosa difícil:

«El viento sopla donde quiere.

Tú oyes su ruido, pero no sabes de donde viene y a donde va.

Así es todo el que ha nacido del Espíritu» (Jn 3, 8).

Pero a pesar de eso, es posible conocer la llamada de Dios y, precisamente, el papel del sacerdote no es sólo llevar y ofrecer a Dios las cosas de los hombres, sino también interpretar a los hombres todo lo que viene de Dios. El sacerdote debe ser el especialista de la ciencia del «discernimiento de espíritus».

Ciertamente es muy fácil distinguir cosas materiales, pero conforme se va subiendo en la escala, la dificultad va creciendo hasta llegar a lo más difícil que es sopesar la acción del Espíritu.

Por eso al sacerdote corresponde interpretar esa acción de Dios en cada uno. Mientras que a los demás, padres y educadores, sólo competirá alentar y acercar a los jóvenes al sacerdote ¹⁵.

13. M. DELABROYE y R. IZARD, *Estudios sobre la vocación*, «Sígueme», pp. 206-260.

14. CESAR VACA, *Guía de Almas*, Madrid, 1953, p. 49.

15. Sobre esta acción de Dios existe una tesis del P. Luis González, S. J., resumida en *Seminarios* 18 (1962) 23-45.

Para el P. Estanislao Ilundain, Presidente del Secretariado de Vocaciones de la CONFER, la vocación puede aparecer en tres tiempos ¹⁶.

Un tiempo en plena luz sobrenatural; otro entre agitaciones diversas del alma y otro durante período de paz, utilizando más el libre uso de la razón. Dice que hay que tener en cuenta como cosas peculiares el ambiente, el objeto de la experiencia, la gracia o gracias que la acompañan, la certidumbre que puede engendrar y los engaños a que está sujeta.

En el primer tiempo el llamado es atraído y llevado de la moción divina que le inclina suave y fuertemente a querer una cosa y esto con tanta seguridad y confianza, que no cabe la duda. Aquí la razón debe rendirse a la evidencia.

El segundo tiempo es cuando se dilucida activamente, deduciendo de sus experiencias anteriores de consolaciones y desolaciones, el querer de Dios. Consiste en un juicio sobre esas experiencias. Generalmente desde que se siente la idea por primera vez, hay una serie de altibajos. Hay que ver esos altibajos y estudiar esas alternativas naturales, instintivas y sobrenaturales.

En el tercer tiempo hay una mayor actividad intelectual, consiste en una valoración de los motivos que le inducen a tomar tal resolución en vez de otra y suele hacerse en tiempos de paz general, sin perturbaciones.

Ilundain cree que este proceso racional se da hasta en los niños y que muchas veces va más lejos de lo que podamos pensar. En la práctica hay que crear un diálogo lleno de intimidad, a fin de que el examinando pueda expresarse en un ambiente de espontaneidad.

Estas señales de llamada divina pueden conocerse preguntando cuándo surgieron, cómo y por qué.

También pueden conocerse por las huellas que deja, que pueden ser buenas, como paz, entusiasmo, decisión, ánimo de vencer dificultades, o malas, como desengaños, temores, inquietudes. A veces pueden dejar claridades, distintas de las motivaciones razonadas.

Este elemento divino de la vocación es llamado vocación sobrenatural por el P. Emilio Cid, constando para él de un elemento material y otro formal:

a) Elemento material: aptitud

- Virtudes teologales
- Virtudes morales
- Vida interior

16. E. ILUNDAIN, *Selección y orientación de los que hacen estudios eclesiásticos*, Educadores 6 (1964) 317-355.

b) Elemento formal: inclinación sobrenatural

- Gracia de Dios que mueve
- Motivo sobrenatural
- Decisión deliberada de la voluntad ¹⁷.

Creo bastante acertado este resumen de lo que puede ser el elemento divino de la vocación, sobre todo el elemento formal: una gracia de Dios que mueve hacia el sacerdocio, hasta llegar a una decisión deliberada de la voluntad por una motivación recta.

J. Lahitton luchó aparentemente por eliminar este elemento divino de la vocación, dejándola reducida a la idoneidad y a la llamada del obispo, que según él era la única llamada de Dios, que es la que se efectúa a través de sus ministros. Sin embargo estudiando bien a Lahitton se ve que no niega la acción de la gracia en el sujeto llamado, sino que en la práctica no interesa ponerse con misticismos queriendo investigar cual sea la voluntad eterna de Dios, sino que lo que interesa es tener un sujeto idóneo, que esté dispuesto a ordenarse por un motivo recto de necesidad de la Iglesia o simplemente por obediencia y esto no tiene discusión ninguna. No obstante vamos a analizar algunas de las ideas de Lahitton, para terminar concluyendo en qué pueda consistir todo el elemento divino constitutivo de la vocación.

Decía que la vocación no es más que el fruto de una libre elección surgida de las deliberaciones hechas bajo la influencia de motivos de fe y dirigidas por las reglas ordinarias de la prudencia sobrenatural.

No hay nada que oponer, lo mismo que tampoco hay nada nuevo en lo que dice, ya que es lo mismo que expone S. Ignacio, del tercer modo por el que se puede conocer la vocación y el más ordinario, y lo mismo que los autores anteriores han calificado de tercer tiempo en el proceso vocacional. Para llegar a tal decisión tiene que ser idóneo y tiene que darse en él una actuación de la gracia sin la cual sería imposible aceptar una decisión de ese tipo. A esta idoneidad, juntamente con las actuaciones de la gracia que le llevan hasta la decisión positiva, podemos calificarla perfectamente de vocación.

Dice, igualmente, que las inclinaciones naturales son inútiles para provocar la elección y que ésta pudiera darse incluso con una positiva repugnancia, como sucedió en el caso de Santa Teresa, que sentía, según ella, una repugnancia invencible por la vida religiosa. Efectivamente, las inclinaciones naturales de por sí, nunca son calificativas de una vocación, ya que esta supone principalmente idoneidad y actuación de la gracia y la inclinación o la falta de ella pueden darse independientemente de éstas. Esto no quita que en la generalidad de los casos haya una cierta inclinación

17. E. CID GONZALEZ, C. M., *Actas del Congreso de Perfección y Apostolado*, t. II, p. 728.

natural hacia las funciones sacerdotales, inclinación que puede formar parte de la misma idoneidad.

Y aunque queramos quitarle importancia no deja de tenerla, si cambiamos la palabra inclinación y la situamos en un contexto más amplio, que es el que debemos de mirar y que se podría llamar capacidad de realización.

Siempre decimos que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la complementa. Gracia y naturaleza marchan al unísono. Por eso cuando el Espíritu marca una ruta, la naturaleza debe recibir la capacidad de poder seguirla, de adaptarse a ella. Si queremos ser razonables, el individuo llamado debe poseer una capacidad de realización suficiente, ya que de no ser así o sería un desplazado, inadaptado a su misión, o tendríamos que pedir héroes o mártires y ninguna de las dos cosas es lo ordinario. Así es que las inclinaciones, ciertamente no constituyen la vocación, aunque forman parte de ella siempre y cuando se necesitan para la capacidad de realización del sujeto.

Lo que sí consideramos razonable es no fijarse principalmente en los atractivos. Estos deberán someterse siempre al dictado de la razón y de la fe.

Objeta también Lahitton que la vocación como signo de elección divina nunca puede conocerse, ya que la llamada interior no es más que la gracia y ésta no puede interpretarse como un signo de elección divina, ya que la gracia actual no es objeto de un conocimiento sensible. Para demostrar esto, cita a Bossuet y a Santo Tomás.

Es cierto que es muy difícil distinguir cuando el hombre es movido por lo natural o por lo sobrenatural. Tampoco podemos tener una certeza metafísica de que realmente estamos en gracia de Dios. Sin embargo Dios no puede pedirnos nada extraordinario y el mismo Cristo dijo que conoceríamos a los hombres por sus obras. Jesús nos dejó el mensaje de que no se salvaría sino aquél que cumpliera la voluntad del Padre. Luego podemos conocer la voluntad de Dios. Existe una voluntad expresada en sus palabras, pero existe otra voluntad que es la que el Espíritu manifiesta en el interior del hombre.

Tenemos que caminar como «atados por el Espíritu». Nada hay ajeno a la Providencia. Existen cosas que no se pueden desear ni obrar si no es por la gracia. Y el Concilio señala que la vocación no hay que buscarla en nada extraordinario, sino que debe conocerse del mismo modo que se conoce la voluntad de Dios, por los signos ordinarios por los que pudiera reconocerla cualquier cristiano prudente. Signos que los presbíteros deberán reconocer con mucha atención en el análisis de cualquier vocación.

Concluimos, por tanto, que gracia y naturaleza van mezclados, o pueden irlo, por lo que se hace difícilmente reconocible la acción de la gracia. Pero que esto no quita para que prudentemente se puedan descubrir los signos que indiquen la voluntad de Dios sobre cualquier individuo.

Incluso puede admitirse que un sujeto fuera llamado, ¿pero, cómo conocer

si ha sido elegido? Lo interesante creo que es conocer si se es llamado por Dios a desempeñar el ministerio sacerdotal. Si Dios ha llamado será para elegirlo. El hecho de que sea o no elegido, creo que puede depender muchísimo de la respuesta del que ha sido llamado. Se puede estar llamado, pero hacerse indigno de ser elegido. Sería el caso del que pierde su vocación, del que no corresponde a la acción de la gracia en él.

Se dice que Dios puede inspirar deseos y atractivos sin que quiera por eso su realización. Sería de nuevo la situación del que ha sido llamado, pero no elegido. El caso típico del seminarista que muere en accidente. En este caso, creo que habría que decir que Dios lo había llamado no a ser sacerdote, sino seminarista. El hacer posible su acceso al sacerdocio es esencial para que pueda hablarse de vocación como tal. Sería lo que antes denominamos posibilidad extrínseca. Decíamos que a las gracias interiores acompañaban otra serie de gracias externas o circunstanciales que conducían al individuo en una misma dirección. No es más que la Providencia especial, de la que también habla el Concilio, que prepara a los elegidos por Dios hasta hacerle llegar a la consagración sacerdotal. Si no existiera esta providencia especial, faltaría uno de los signos principales indicativos de vocación.

Si se siente esa llamada interior hacia el sacramento del orden, con la misma razón habría que sentir otra llamada hacia los demás sacramentos, es otra objeción. Si el equivalente de llamada es gracia, tendríamos que decir que sí. Decimos en Teología que ni siquiera puede darse un acto saludable sin una gracia de Dios. Luego, sin duda ninguna el deseo de recibir cualquier sacramento debe de ir precedido de una serie de gracias actuales, si se recibe como tal sacramento y no por motivos falsos.

Con todo esto, Lahitton, lo que quiere concluir es que la llamada pasiva interior, no es otra cosa que la preparación sobrenatural del sujeto para hacerlo materia apta para el sacerdocio. La llamada interior está subordinada a la del Obispo, como la preparación está subordinada a la idoneidad. «La llamada interior no es más que una llamada secundum quid, mientras que la llamada divina por el obispo es la llamada divina simpliciter».

Lahitton llega con esto al culmen de su doctrina sobre la vocación. Esta la constituye la llamada del obispo: todo lo demás sólo hace al sujeto vocable. Para llegar a concluir esto utiliza los siguientes argumentos:

El obispo llama en nombre de Dios absolutamente y no: si Dios te llama o en la medida que Dios te llama.

En el Pontifical de las órdenes se habla de elegidos por la jerarquía, pero nunca de llamada de Dios.

Los obispos tienen limitadas las ordenaciones a la amplitud de su diócesis.

18. J. LAHITTON, *La vocación sacerdotal*, París 1922-, p. 112.

La Iglesia no tendría derecho a haber establecido irregularidades.

La Iglesia no hubiera podido imponer obligatoriamente el celibato.

En Trento, s. XXI, cp. II el obispo queda constituido como único juez.

El Decreto «Vetuit» de 22 de Diciembre de 1905 y el canon 1363,2 prohíbe admitir en un seminario al seminarista que haya sido expulsado de otro.

Hubo ordenaciones impuestas, como las de S. Agustín, S. Paulino, S. Antonino, arzobispo de Florencia y S. Juan de la Mata.

Santo Tomás dice que el obispo tiene derecho a imponerse, pues de no ser así «*periret ecclesiasticus ordo*».

El Papa puede obligar a abrazar el episcopado, de lo contrario la Iglesia se vería privada de sus mejores pastores.

Del mismo modo da una serie de argumentos de Escritura para confirmar su teoría. Distingue entre los llamados directamente por Dios y los llamados mediante sus legítimos ministros.

Para que estuviéramos en el primer caso de la llamada directa de Dios, tendría que ser por milagros u otros signos sobrenaturales extraordinarios. Todo lo que no sea eso es una llamada mediata, afectuada por los sucesores de Cristo, por sus legítimos ministros y ésto es lo ordinario por institución de Cristo. Esa es la razón por la que S. Pablo hablando de la necesidad de de evangelizadores dice que cómo los va a haber si no son enviados, fijándose en esta ocasión, no en un llamamiento interior, sino en el envío que de ellos hace la jerarquía.

San Pablo en la epístola a los Gálatas dice: «*Paulus apostolus, non ab hominibus, neque per hominen, sed per Jesum Christum et Deum Patrem*». Aquí cita a Cornelio a Lápide, que a su vez cita a S. Juan Crisóstomo en un comentario a este pasaje. En definitiva viene a decir que S. Pablo hace gala de no haber sido llamado por los hombres, por su categoría especial de Apóstol, al contrario de todos los demás llamados, que lo son a través de los apóstoles y legítimos ministros.

Rebate la tan utilizada frase de que nadie se puede arrogar el derecho al sacerdocio porque hay que ser llamado por Dios como Aarón. Pues, Aarón, fue llamado mediante su hermano Moisés, sin que hubiera sentido nada interior.

Incluso cuando Jesús llama a sus Apóstoles no lo hace como Dios, sino como el Jefe legítimo de la Iglesia.

Los Apóstoles, dice, no pudieron sentir atractivo ni deseo de ser «pescadores de hombres».

Tampoco la Virgen tuvo atractivos por la maternidad divina, sino más bien lo contrario por su humildad. El Angel fue el verdadero ministro de esta llamada divina. Dios sólo hizo prepararla para ello, como rezamos en la oración de la Salve: «*Omnipotens sempiternus Deus, qui gloriosiae Virginis*

Matris Mariae carpus et animan, ut dignum Filii tui habitaculum effici mereretur, Spíritu Sancto cooperante praeeparasti...

De las ordenaciones hechas por los Apóstoles, sólo se dice en la Escritura: «*qui idoneos nos fecit ministros Novi Testamenti*». Dios concedió la idoneidad, pero la llamada sólo a través de los ministros.

A continuación cita testimonios de los Santos Padres, como S. Bernardo, S. Juan Crisóstomo, S. Gregorio, S. Cirilo, etc., pero que no hablan de otra cosa sino de cómo fueron forzados a abrazar el sacerdocio o el episcopado en contra de su voluntad, sólo por obediencia.

Además elige algunos otros pasajes de Sto. Tomás y algunos otros santos, que sólo exigen al candidato al sacerdocio bondad de vida y ciencia suficiente, o a lo más añaden la rectitud de intención.

Además de todo esto expone siete argumentos que intentan ratificar aún más su teoría. En resumen éstos son los siguientes:

Primer argumento:

La Jerarquía de la Iglesia tiene derecho, por sociedad perfecta a reclutar ella misma a sus miembros.

La Iglesia jerárquica ordena y envía divinamente.

Luego a fortiori ella podrá llamar en nombre de Dios.

Por lo que la llamada interior, será prácticamente ineficaz.

Segundo argumento:

En la Iglesia visible la llamada al sacerdocio debe ser visible.

«No me elegísteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros». Jesucristo llamó visiblemente a sus Apóstoles.

Los Apóstoles llamaron visiblemente a sus sucesores.

Tercer argumento:

El sacerdocio católico debe tener una visibilidad triple: por llamados, por consagrados y por enviados.

Hay una visibilidad cierta de la ordenación y de la misión.

Debiera haber una visibilidad cierta de la llamada divina.

Pero la llamada interior no es visible.

Luego la llamada divina no podrá ser cierta si no se identifica con la episcopal.

Cuarto argumento:

Si no se tiene esta certeza total, no podrá haber paz en el alma del sujeto.

Quinto argumento:

Con estas incertidumbres, nuestro sacerdocio sería inferior al sacerdocio levítico.

Además, esta misma falta de certeza debería impedir a todo candidato la recepción del sacerdocio.

Sexto argumento:

El obispo no podría ser el juez en última instancia.

El verdadero juez sería el confesor.

Se seguirían muchos desórdenes.

Entrarían candidatos que nunca deberían entrar y los buenos candidatos no entrarían por falta de atractivo.

Se introduciría la mediocridad.

Llevaría a un subjetivismo fatal.

Séptimo argumento:

Porque no puede mantenerse la tesis rigorista de Mansillon de que ya tenemos un destino fijado que debemos seguir para salvarnos. Basta seguir lo que aconseje la prudencia natural y sobrenatural, pues, «*nemo tenetur ad optimum*» y «*se habent indifferenter ad multa*».

Se puede elegir libremente el estado que se quiera según Cornelio a Lapide, S. Ambrosio y Sto. Tomás.

«*hactemus liberi estis, licetque vobis pro arbitrio ad saecularia vota transire..., si in sancto proposito perseverare placet, in nomine Domini huic accedite!*» (Del ritual de ordenaciones de diáconos).

Con esto quedaría resumida toda la doctrina de Lahitton, que en definitiva no niega nada de lo tradicional, sino que quiere quitarle importancia al puro interiorismo y opta en el reclutamiento por el método de la autoridad. En definitiva el sigue pidiendo a todo candidato al sacerdocio lo mismo que pueda exigir cualquier otro autor, desde luego, lo mismo que han exigido los últimos Pontífices y el mismo Concilio Vaticano II: Rectitud de intención, ciencia suficiente y santidad conveniente. Y todo ésto, naturalmente en un sujeto idóneo.

No vamos a hacer ahora un análisis de todas las argumentaciones de Lahitton, porque en definitiva él admite una acción interior de la gracia y una llamada jerárquica, que es a la que le da más importancia por ser la única segura y visible.

Dentro del elemento divino, tenemos entonces, que pararnos un poco

en la acción de la gracia en el sujeto y en la llamada de la Iglesia por su jerarquía.

Según todos los datos anteriores era necesario concluir que en toda vocación se daban estos tres elementos, integrados todos en un plan providencial de Dios: idoneidad, acción de la gracia y llamada jerárquica.

Actuación de la gracia.

Que en todo individuo con vocación ha tenido que haber una actuación de la gracia es innegable. Para cualquier acto saludable es absolutamente necesaria la acción de la gracia. Y esto es dogma de fe. Luego mucho más será necesaria para aspirar y llegar al sacerdocio.

Por eso, todos sabemos que la vocación, por ir directamente orientada hacia lo sobrenatural, tiene que ser una gracia. Pero ¿qué clase de gracia? ¿Es sólo una gracia general que inclina hacia lo bueno o hay una gracia vocacional específica distinta? Si no fuera una gracia especial, no se podría distinguir quienes de entre los que poseen cualidades tienen vocación, porque los que tienen cualidades no son pocos y sin embargo, no por éso vamos a decir que tienen vocación. La misma conducta seguida por la Iglesia y la razón teológica nos dicen que efectivamente es una gracia especial.

Indudablemente en la ordenación se confiere una gracia específicamente sacerdotal. Pero además de ésa hay otra gracia anterior y distinta, que es la que va disponiendo al ordenando para que pueda ejercer debidamente su función. Según Santo Tomás, aunque esta gracia sea inferior a la de la ordenación, sin embargo es gracia al fin y al cabo y distinta de la obtenida por la ordenación ¹⁹.

Esta gracia vocacional anterior a la ordenación no es una gracia que se da «de golpe», sino poco a poco, por gracias sucesivas, de modo que vayan preparando paulatinamente al ordenando ²⁰. Gracias que Santo Tomás llama al principio embrionarias, a las que se van añadiendo otras gracias ulteriores hasta llegar a las perfectas.

Este tipo de gracias vocacionales de las que habla Sto. Tomás, no puede ser otro que gracias actuales. Sin embargo la doctrina sobre las gracias actuales no es tampoco de los más claro en teología. Schmaus describe así a la gracia actual:

«Dios mueve al hombre mediante la gracia actual de tal manera, que es agente en el conocimiento, en la voluntad y en el amor. Podemos por tanto, llamar a la gracia iluminación del espíritu, fortalecimiento de la voluntad e inflamación del ánimo. Recordemos que el entendimiento, vo-

19. SANTO TOMÁS, IV *Sent.* di. 24, q. 1.

20. Id. *Sum Theo.* 1, 2 q. 113 a. 5.

luntad y corazón (ánimo) no están separados. No existe ningún conocimiento para sí ni tampoco existen un querer o un amar para sí mismos. Siempre actúan a la vez todas las fuerzas (potencias)..., la gracia mueve siempre al hombre total a un acto determinado y único; se realiza como iluminación en el entendimiento traspasado por la voluntad y el ánimo, como fortalecimiento en la voluntad traspasada por el entendimiento y el ánimo y como inflamación en el ánimo traspasado por el entendimiento y la voluntad... La acción divina afecta al hombre como luz, poder y amor al mismo tiempo. La iluminación obrada por Dios se apodera con fuerza del hombre y le mueve hacia Dios» 21.

Toda la acción interior de la gracia consiste principalmente en estos auxilios transitorios de Dios por los que ilumina al sujeto sobre algunos aspectos del sacerdocio, fortalece su voluntad y le da fuerzas para querer lo que Dios le ha mostrado y hace que su corazón ame aquello a pesar de las dificultades y sacrificios que entrañe.

Estas ayudas son pasajeras. Son gracias que se repiten. Por eso Sto. Tomás decía que no eran gracias que se daban de golpe, sino sucesivamente. De ahí que, en un principio, estas gracias pueden ser compatibles con el pecado y poco a poco irán haciendo cambiar al hombre hasta hacerle idóneo sobrenaturalmente.

A estas gracias son a las que Santo Tomás llama unas veces «*inmutatio mentis*», otras «*impetus Spiritus Sancti*», y otras, «*instinctus Spiritus Sancti*» 22.

Como es lógico, esta gracia es suficiente para lograr el cometido que Dios se propone, pero sin embargo, no es tan fuerte que podamos llamarla imperativa. Es, sí, un destino que Dios quiere para una persona, pero sin que tenga por ello un carácter predestinativo y eficaz.

De ahí, que por una parte están los dones naturales y sobrenaturales con los que Dios va adornando a su elegido, y por otra parte, estas gracias actuales. Esta es la razón de estos altibajos... de la luz de un día y la oscuridad de otros, en los muchachos con vocación, que más que como señales negativas hay que tomarlas como una cosa lógica dentro de cualquier proceso vocacional.

Esta gracia que actúa en toda vocación, puede, pues, hacerlo de las más diversas formas, insistiendo más en un matiz intelectual o sensible, etc.

Así, puede nacer una vocación al caer en la cuenta del olvido de Dios que existe entre los que le rodean y que quizás se deba a la falta de un buen sacerdote.

O puede surgir del trato íntimo con Jesús en la oración, viendo el sacer-

21. M. SCHMAUS, *Teología Dogmática*, F. v., Madrid 1962-, pp. 256-257.

22. SANTO TOMAS, *Contra retraherentes homines ab ingressu Religionis*, c. 9.

docio como un ideal para realizar la intimidad que apetece. Y no es que esto sea siempre una sensiblería que se haya de menospreciar, pues también cuenta el corazón, y de este tipo de vocación fueron el Cura de Ars y Carlos de Foucauld, según dicen muchos.

Otros, y quizás la mayoría, serán movidos hacia el sacerdocio por su deseo de entrega a los demás mediante el apostolado sacerdotal. O porque comprendan el papel de los sacramentos y la alta dignidad de quien los administra, etc.

Pero todas estas ideas que empiezan a inquietar a los que tienen vocación, son sólo gracias iniciales. Y en estos comienzos, un joven podrá correr riesgos, precisamente porque son sólo insinuaciones hacia una cosa que se conoce muy parcialmente, como es el sacerdocio. Pues este joven, si responde a todas estas gracias iniciales, tendrá que ir aceptando muchas cosas, pero para entonces esta gracia inicial se habrá ido cambiando por gracias superiores que le darán la fuerza suficiente. Luego, el llamado tiene que estar en una correspondencia continua y no puede decir que no está preparado o maduro para tan alto oficio, nada más que en cierto sentido, porque su labor no es lograrlo todo de momento, sino ir correspondiendo fielmente cada día.

Pero la mayor dificultad está en reconocer esas gracias en no confundirlas con una imaginación. Eran los peligros que quería evitar Lahitton. Citemos de nuevo a Schmaus:

«¿Hay un medio de determinar que una acción no proviene sólo de las profundidades del yo humano, sino que nace de la hondura misma de Dios? ¿Puede distinguirse la eficacia de la gracia de la sugestión y autosugestión? La gracia actual no puede ser comprobada con una certeza que excluya cualquier duda, lo mismo que no puede comprobarse la gracia habitual o vida divina. Sólo se puede estar moralmente seguro de ella en la fe y confianza. Del mismo modo que hay signos de la gracia habitual los hay de la actual: la frecuente instantaneidad de un acto dirigido a Dios, su profundidad y duración, su fuerza tranquilizadora y transformadora de la intención de ánimo. Por regla general la gracia actúa sin que nos demos cuenta ni la observemos, como en voz baja. La alegría en el bien apenas sentida, el arrepentimiento de los pecados, la voluntad de ayudar, son las últimas oleadas del movimiento de la gracia que proviene de Dios.»²³

Efectivamente existen esos signos, aunque no nos den una certeza metafísica. Pero a la hora de un análisis vocacional el signo que más cuenta es la rectitud de intención. Quizás sea la manifestación más clara de la actuación de la gracia.

23. M. SCHMAUS, o.c., p. 261.

Por eso los fundadores de órdenes religiosas han tenido tan en cuenta esta rectitud. Según S. Ignacio sería impedimento para entrar en la Orden «la intención no tan recta como convendría, antes mezclada con humanos diseños»²⁴. Y Santa Teresa decía otro tanto: «Se ha de mirar qué intención tiene la que entra, no sea por solo remedio»²⁵.

El Concilio y todos los últimos Pontífices le ha dado la máxima importancia a la rectitud de intención, como la más clara expresión de la gracia, según vimos. Y del mismo modo los autores modernos. Así R. Hostie, S. J., dice que para reconocer la vocación interna, además de poner en práctica los consejos que cada fundador ponga en sus reglas, hay que lograrla mediante:

1.-, la verificación de la autenticidad del deseo en sus orígenes y el análisis del motivo que le hace preferir tal estado;

2.-, por la autenticidad del deseo en sus efectos; es un juzgarlo por los frutos que le hace conseguir tal decisión.

Las motivaciones las divide en varias clases: a) insuficientes, b) inadecuadas, c) fútiles. Y para la verificación de los frutos que producen estas motivaciones analiza la vida de oración y la vida de fe²⁶.

Según Ilundain hay tres modos de conocer la intención:

1) por manifestación sincera de los móviles,

2) por encontrarse con vida de abnegación y dificultades y seguir a pesar de todo,

3) darle una capacitación mayor para varias empresas con buenas perspectivas y persistir con este deseo a pesar de las otras posibilidades mejores.

La rectitud de intención es una sola de las cosas que mejor deben de investigarse y que quizás en muchos sitios no se haga de un modo conveniente; sin embargo las recomendaciones de los Papas sobre este respecto son bastante duras. Veamos, por ejemplo, las de Pío XII:

«Esta recomendación, cuya completa responsabilidad asumimos, debéis recibirla como una palabra enteramente personal, que no se inspira en otra cosa que en el bien de todas las familias religiosas. Y esta palabra es la siguiente: Sed rigurosos... Si algunos se creen obligados a advertir que ya se procede con excesiva severidad, os autorizamos a responderle, que el Papa es quien así lo quiere, porque desde su puesto y con sus responsabilidades puede ver claramente la necesidad de esta medida. Un pontificado largo,

24. S. IGNACIO, Parte primera de las *Constituciones*, t. II, núm. 10.

25. SANTA TERESA, *Camino de Perfección*, c. 14.

26. R. HOSTIE, *El discernimiento de las vocaciones*, Desclée de Brouwer, pp. 80-55.

con experiencia en este punto, nos hace hablar así... Que resulten siempre miembros escogidos, soldados de calidad» 27. Esto mismo viene a recalcarlo en la *Menti Nostrae*.

Sobre que las vocaciones de esta calidad sean pocas, el P. César Vaca dice lo siguiente: «puede parecer a algunos que la vocación así depurada es rara y que los más la poseen adulterada o torcida. Así es, en efecto, porque la verdadera vocación vivida es expresión de santidad, y la santidad en sus grados eminentes es siempre de reducidas minorías...» 28.

Creemos que la rectitud de intención es fundamental analizarla bien en todas las vocaciones, y que entre lo que manifieste el sujeto o lo que se le pueda sacar con un poquito de maña y las demás circunstancias que rodean el caso, no es muy difícil conocerla, como ya hacía notar también Juan XXIII.

La rectitud de intención, no es, pues, sino una manifestación más, un signo más de la actuación de la gracia en el interior del hombre.

Tenemos que concluir, por lo tanto, que la vocación en su elemento divino, es una gracia actual, progresiva, suficiente, no imperativa, sin carácter predestinativo ni eficaz, y que, por consiguiente, pertenece a la voluntad de beneplácito. Todas estas gracias actuales, quedan completadas luego por las propias del sacramento del Orden.

Siendo de esta naturaleza la gracia vocacional, aún teniendo vocación al sacerdocio, si se quiere, se puede servir a Dios por otros caminos y posiblemente se podrá llegar a la perfección, aunque esto tendría que ser objeto de otro estudio.

Por último llegamos al segundo componente esencial del elemento divino de la vocación. Es la llamada jerárquica de la Iglesia. La llamada eclesiástica es tan esencial como la misma llamada divina, según indicaba Pío XII. Es comprensible que así lo sea, ya que toda vocación se da en la Iglesia y para la Iglesia, pues, como decía Santo Tomás: «*ordo non datur in remedio unius personae sed totius Ecclesiae*».

No hace falta insistir mucho sobre este punto, porque es el más claro de todos y no son válidos los argumentos de Lahitton al respecto.

Los autores modernos, en general, consideran que la llamada eclesiástica asume todos los demás elementos vocacionales, dando autenticidad a la vocación y haciéndola moralmente cierta.

Consideramos que la llamada del obispo está en conexión esencial con la llamada divina y pertenece a la misma naturaleza de la vocación. Todas las gracias internas y todas las acciones providenciales de Dios en torno a un sujeto con vocación se orientan y culminan con la llamada del obispo.

Las últimas palabras sobre esta cuestión, son las que ya citamos de

27. Pío XII, Discurso del 17 de junio de 1938.

28. CESAR VACA, Ponencia de Congreso de Perfección y Apostolado, Actas, t. III, p. 803.

Pablo VI. Según él, el ordinario con su llamada «pronuncia el juicio definitivo sobre la demostración de vocación divina..., haciéndola de esta forma auténtica y operante ante la Iglesia».

Las relaciones entre llamada divina y llamada eclesiástica quedan, pues, claras de esta manera. Y ambas llamadas forman el elemento divino de la vocación. Son la actuación inmediata de Dios por la gracia, y la actuación mediante sus ministros legítimos. La actuación especial de la Providencia que consigue la idoneidad del sujeto es el elemento humano de la vocación. Y todos en conjunto constituyen la vocación propiamente dicha.

LA PASTORAL VOCACIONAL Y «OBIAM CHRISTO»

Nacimiento y primeros pasos. La obra nació en Sevilla, hace dieciocho años, en tiempos del Cardenal Segura, por la iniciativa de un celoso sacerdote sevillano, doctor en medicina, D. Francisco García Madueño, quien, dándose cuenta del problema vocacional, quiso solucionarlo, dedicándose al fomento de las vocaciones entre muchachos mayores de dieciséis años, principalmente estudiantes, por ser éstos los más preparados y los que pueden hacerse sacerdotes en menos tiempo. Al principio estuvo sólo y tuvo que luchar con no pocas dificultades y numerosas críticas, pero firme en su empeño, fue consiguiendo un buen número de sacerdotes para la Iglesia.

En un convento de monjas de clausura tenía un despacho por donde pasaban todos los jóvenes con inquietudes vocacionales. Por aquel despacho pasé yo también en 1958.

«Obviam Christo» en la actualidad. D. Francisco García Madueño vio que el trabajo con la juventud era tan enorme que en modo alguno la podía abarcar, y entonces solicitó al Cardenal Bueno Monreal un nuevo sacerdote que le ayudase en su tarea, sacerdote que, dado el mucho interés del Sr. Cardenal y los numerosos frutos ya conseguidos, no le fue negado. Con su ayuda experimentó un empuje extraordinario esta obra, y pronto fueron uniéndose, por las muchas actividades que se emprendieron, otros sacerdotes hasta cinco, que son los que forman en la actualidad el equipo sacerdotal de «Obviam Christo», haciendo vida comunitaria en una casa especialmente destinada para ello.

Durante el año varios centenares de jóvenes frecuentan esta casa para estudiar detenidamente su vocación, analizando bajo la dirección de estos sacerdotes sus disposiciones, cualidades e inclinaciones.

Muchos de ellos, que eligen libremente el sacerdocio, pasan después a un Colegio para vocaciones mayores, donde cultivan, por uno o dos años, su vida espiritual y amplian conocimientos, sobre todo de latín y griego.

Por último pasan al Seminario Mayor para el estudio de la Filosofía y Teología.

«*Obviam Christo*» ha dado ya a la Iglesia ciento veinte sacerdotes. Cada año ingresan en el Seminario un núm. que ha oscilado entre 30 y 80 jóvenes de dieciséis a veinticinco años por medio de ella, de tal modo que actualmente el cincuenta por ciento de los seminaristas mayores proceden de esta institución. Ultimamente el número de ingresos es más reducido.

1. Métodos pastorales de «*Obviam Christo*»

A) *Mentalización vocacional*

Un equipo sacerdotal no puede abarcar en manera alguna toda la acción evangelizadora de la juventud de una diócesis. Pero sí puede crear una influencia ideológica sobre el tema vocacional a través de los demás sacerdotes y de otros medios. He ahí, pues, una de sus primeras tareas.

Esta fue una de las primeras empresas que creyó necesaria «*Obviam Christo*». Las ideas erróneas de vocación había que hacerlas desaparecer. Por otra parte había que entusiasmar a todos los sacerdotes con la promoción vocacional.

Para esto se emplearon dos medios. El primero fue la edición de la revista «*Vinculum*», que se envía a todos los sacerdotes de la diócesis, a gran número de Obispos, a muchos seminarios españoles, extranjeros y a un buen número de jóvenes. Con ella se pretende una información y una mentalización sobre todo lo relacionado con lo vocacional.

El segundo medio son las reuniones o cursillos con sacerdotes sobre pastoral vocacional. Predominantemente con los sacerdotes más dedicados a la juventud. En ellos se estudian problemas vocacionales y se ensayan nuevos modos de una inmediata colaboración de estos sacerdotes con «*Obviam Christo*».

B) *Acción apostólica genérica en los distintos centros juveniles*

Los sacerdotes del equipo de «*Obviam Christo*» tienen confiada por el obispo una tarea sacerdotal en varios centros de estudiantes como profesores o directores espirituales de los mismos. En ellos se sigue la línea de espiritualidad cristiana de encarnación en el propio ambiente. Se utilizan los métodos empleados por la Acción Católica de estudiantes. Siempre con un ambiente de libertad y respeto, se fomenta la creación de equipos de militantes que realizan una acción de campaña dentro de sus grupos y en todo el am-

biente. En ellos se emplea el método de revisión de vida, haciendo responsables sus vidas ante Dios y la comunidad en que viven.

Esta actuación evangelizadora ejercida con estos equipos, a la vez que enriquece a los sacerdotes, les capacita mejor para comprender y sintonizar con los jóvenes que acudirán a ellos para resolver sus problemas vocacionales.

Como cosa fundamental del apostolado en estos centros se utiliza la dirección espiritual con sus alumnos, así como ejercicios espirituales, convivencias, retiros, etc. Y esto de tal manera, que no sólo se hacen en aquellos centros en los que se tiene algún cargo, sino que continuamente están siendo llamados a dar tandas de ejercicios, etc., no sólo en la capital, sino en los diversos pueblos de la provincia.

En todos estos centros se procura descubrir el sentido comunitario de la vida cristiana. Y esto se centra en la comunidad de fe, servicio y culto. El trato sacerdotal diario con los alumnos da una cierta familiaridad, que se refuerza por el trabajo común realizado a través del curso por el estudio, viviendo día a día los mismos problemas y alegrías. Esto es necesario unificarlo con la comunidad de culto, reuniéndose en torno a un mismo altar, de manera que se evite esa frecuente disociación entre vida y estudio, familia, diversiones y vivencias religiosas.

Con toda vida comunitaria debe ir apoyada en el servicio y amor a los demás, hay que despertarles la conciencia de servicialidad durante todo el tiempo en que conviven. Hay que descubrirles todos los problemas comunes y todos los lazos que los aunan en un sólo cuerpo y así hacerlos sensibles a una auténtica caridad y fraternidad.

En los centros en los que hay posibilidades, se celebra diariamente el sacrificio de la misa, en el que participa la pequeña comunidad verdaderamente cristiana, que sirve de levadura en cada centro.

Toda esta acción evangelizadora, aunque amplia, lleva en sí las miras puestas en una acción vocacional sobre todo el ambiente. Todo esto es interesante, ya que es de esperar que las vocaciones surjan en una comunidad con cierta madurez cristiana, aunque sería una torpeza no comenzar a trabajar vocacionalmente hasta haber conseguido esta madurez. Pues del mismo modo que entre ellos surgen muchas vocaciones a la vida de apostolado pueden surgir para el sacerdocio.

En esto de pedir antes una madurez cristiana hay que tener cuidado. Creemos que para que surja una vocación no es necesaria esa previa madurez en el individuo, y es cosa que confirma la experiencia de cada día. Pues lo mismo que la gracia puede ir progresando en cada individuo, igualmente la gracia de la vocación puede ir pasando de un estado de inmadurez inicial

a otro de madurez. Hay que cuidar, pues el modo de juzgar con criterios humanos cuando se trata de vocación, como advierte Pío XII:

«Pero mucho peor es la pretensión falsa, de querer someter a investigaciones, experimentados y juicios de orden natural y profano, los hechos de orden sobrenatural tocantes a la educación, como por ejemplo, la vocación sacerdotal y religiosa, y en general las arcanas operaciones de la gracia, que aún elevando las fuerzas materiales, con todo las sobrepuja infinitamente y no puede en manera alguna someterse a las leyes físicas, porque el Espíritu sopla donde quiere»²⁹.

Siempre que exista una inmadurez lo único que pasaría es que no se podría responder de una manera conveniente, pero cada vez que se vea algo que pueda intepretarse por una llamada, habrá que afrontar el problema para no dejar perder ocasiones que pudieran ser decisivas. Por otra parte, si estuviéramos esperando esta madurez para afrontar el problema vocacional, no acabaríamos nunca, ya que en cierto sentido la juventud se presta a muchas dificultades que dilatan la madurez a un tiempo que sería demasiado tarde para plantear estas cuestiones. Hay, pues, que cristianizar, pero sin olvidar de plantear la cuestión vocacional en el momento oportuno a cada joven.

C) *Acción específica en el campo vocacional*

Si el ponerse en contacto con los distintos grupos juveniles ha sido para suscitar vocaciones, no debe quedarse en la mera actuación evangelizadora, sino que hay que emprender una acción más específicamente vocacional.

En toda la pastoral de la juventud en la que trabajan todos los sacerdotes, el momento decisivo de la elección u orientación en la vida, debe reservarse en la mayoría de los casos a «*Obviam Christo*», siendo éste el mejor servicio que presta a la pastoral de la juventud en general.

2. **Un centro con varios sacerdotes a disposición de los jóvenes**

Aunque para esta labor se vale de los contactos con jóvenes, personales y colectivos en los distintos ambientes, la realiza de forma especial en la casa que tiene establecida para ese fin. En realidad hoy es un centro de espiritualidad juvenil, y algo que le es muy familiar a todos los estudiantes sevillanos. Claro está que a veces es insuficiente y por haber sólo uno de estos centros, para muchos resulta un poco dificultoso acudir a él, a causa de las distancias, etc., aunque, en realidad, es frecuentado no sólo por los estudiantes sevillanos, sino por muchos de la provincia. Esta casa es sin duda

29. Pro XII, *Divini Illius Magistri*, 31 Diciembre 1929, Colec. Enc. y Doc. Pont. p. 1599-40.

alguna uno de los principales elementos con que cuenta «*Obviam Christo*» para su apostolado vocacional.

Por allí pasan centenares de jóvenes que son mandados por sus propios párrocos, o atraídos por sus compañeros, o se presentan espontáneamente movidos por sus dudas vocacionales o por la acción pastoral de los sacerdotes que componen el equipo de este secretariado de vocaciones.

Los servicios que en esta casa se prestan a la juventud pueden reducirse a:

- dirección espiritual
- trabajo con equipos
- reuniones y conferencias de orientación religiosa
- cursillos de orientación a la vida
- cursillos de orientación profesional
- información sobre las diversas profesiones
- preparación y ambientación especial para los candidatos al sacerdocio.

Una de las cosas que logra en los jóvenes es que lleguen a plantearse el problema de su vocación u orientación en la vida con toda naturalidad, cosa estupenda porque así además de contar con el sacerdocio como otro de los caminos posibles, la carrera que elijan será por las motivaciones auténticas y no simplemente por ganar más dinero como ocurre frecuentemente.

De este modo todos los jóvenes que pasan por este centro estudian su problema profesional vocacional y consiguientemente a través del año van apareciendo las vocaciones, con las que se llega a formar una comunidad. Estos jóvenes serán la nueva promoción que ingresará en el Colegio de vocaciones mayores a principios de curso.

3. Actos litúrgicos vocacionales

El convencimiento de que las vocaciones no surgen por generación espontánea, les hace desarrollar una gran actividad. Se tienen misas en distintos sitios en los que ya saben que se aplican por las vocaciones y en las cuales la homilía y las preces de los fieles siempre tienen un matiz vocacional. También se organizan celebraciones vocacionales, ratos de oración ante el Santísimo en que se habla en alto al Señor de los problemas vocacionales, etcétera.

4. Cursillos

La radio y la televisión se pueden emplear para la promoción masiva, pero este modo de actuar no cuenta tanto. Principalmente prefiero trabajar con pequeños grupos homogéneos e individualmente, considerando siempre como indispensable la charla personal con cada uno de los chicos, para garantizar así la mayor eficacia. Por eso uno de los medios de que más se ha valido son los cursillos de orientación a la vida. Generalmente los suelen dar a grupos de muchachos muy reducidos y los jóvenes son siempre previamente conocidos si no personalmente por referencia de alguno de los jóvenes colaboradores de la Institución.

El temario que emplea desde hace muchos años en estos cursillos es el siguiente:

1. el sentido de la vida,
2. la elección de estado en general,
3. la vocación cristiana,
4. el estado matrimonial,
5. las profesiones seculares,
6. el sacerdocio y la vida sacerdotal y
7. la vida religiosa.

Unos cursillos son externos y cada día se desarrolla uno de estos temas. Otros son intensivos y se tienen internos. A veces se dan también a tandas generales de alumnos de los últimos cursos de bachillerato.

Para el desarrollo del cursillo se sigue el método activo. Se exponen las líneas generales del tema y después se estudia por equipos, haciendo cada uno de ellos un resumen que luego se leerá en reuniones generales, en las que al final se tiene un amplio coloquio. De esta forma cada participante resuelve en parte, sus propios problemas, de los que tratará luego individualmente con uno de los directores del cursillo.

Pero el cursillo que desean hacer un número mayor de jóvenes es el de orientación profesional. Dura varios días y su objetivo es conocer la carrera que debe seguir cada uno. Todo el desarrollo del cursillo es a base de pruebas psicológicas.

Se hacen varios tests, temperamental, de intereses vitales, de inteligencia, análisis grafológico, etc. Sólo cuando el caso merezca la pena se aplican tests proyectivos como el H. Rorschach.

A través de estas pruebas se conocen las cualidades e intereses de cada joven y el tipo de carrera que más le va. Cuando se ve que el interés predominante de un joven se centra en el hombre como espíritu o como sociedad

y a la vez es aloéctrico y con tendencia transcendental, puede uno imaginarse que tiene alguna inquietud de tipo vocacional. Y de hecho rara vez se falla en esto. Muchas veces cuando se está dialogando sobre el resultado de los tests, él mismo manifiesta su preocupación. Y si no lo hiciera, la primera insinuación sería insuficiente para que se abriera.

A todos estos cursillistas se les invita al finalizar el cursillo a tener reuniones de equipo para estudiar las profesiones con su proyección cristiana y apostólica. Este es un buen modo de conectar con nuevos sujetos vocables. Así la acción de «Obviam Christo» llega cada año a miles de jóvenes.

En otros cursillos intervienen, además de los sacerdotes, una serie de señores con profesiones liberales o técnicas y cada uno de ellos da una charla acerca de lo característico de su profesión, con las principales cualidades que se requieren, etc., conociendo así las distintas carreras por medio de los mismos profesionales. La última charla la da muchas veces el Obispo.

5. Ejercicios espirituales

Igualmente se multiplican cada año el número de tandas de ejercicios espirituales, en los que también se prefieren pequeños grupos homogéneos. Al comenzar los ejercicios se les reparte una encuesta con una serie de preguntas apropiadas por los que podemos conocer quienes son los más inquietos vocacionalmente. Después en la entrevista personal se charlará sobre lo que pusieron en la encuesta.

Conviene que en la temática de ejercicios no se de la impresión de que sólo se iba buscando llegar a la cuestión vocacional. Debe salir con toda naturalidad, como tema obligado, dentro de la línea de los ejercicios. Por ejemplo al hablar del Cuerpo Místico y sus miembros.

A los que han manifestado más inquietudes vocacionales se les invita a participar de otras charlas de carácter privado, más centradas sobre la vocación.

6. Charlas vocacionales

En el trabajo por las vocaciones interesa llegar al mayor número posible de jóvenes. No se pueden perder posibilidades. El abarcar más jóvenes no es perder en intensidad, sino dejar un poco una tarea general de cristianización por buscar un trabajo más específicamente vocacional.

En el terreno de lo profano se puede comenzar hablando de la necesidad de hacer bien la elección de carrera y de cómo lograrlo. Los jóvenes de sexto o preu acogen una charla así con extraordinario interés, dada la enorme indecisión en que se encuentra la mayoría. De este modo se puede hablar des-

pués de la vocación, ya que toda profesión se da dentro de un estado de vida que ha habido previamente que elegir. Se finaliza con un diálogo por el que se podrá conocer a los más interesados.

Aún más interesante es repartir una encuesta sobre lo profesional o vocacional, que convendrá elaborar según el tipo de auditorio. En ella, entre otras cosas, se les pregunta si les agradaría nuestra ayuda en este terreno, y como son mayoría los que dicen que la desean, nos dejan el campo abierto para la actuación personal.

7. Comunidades vocacionales

Mientras les llega el día de ingreso en el seminario hay que mantenerlos en un clima propicio. Por eso se organizan entre ellos equipos que se reúnen en este centro semanalmente y estudian diversos temas del cristianismo y otros relacionados con el sacerdocio. También hacen en equipo una revisión de vida de la vocación de cada uno. Los domingos se reúnen a participar de una misma misa. Así no se mantienen aislados y van ayudándose a hacerse cristianos más maduros, aunados todos por el mismo deseo de ser sacerdotes.

8. Seminaristas externos

«Obviam Christo» tiene en cuenta la experiencia que aportan los seminarios en estos últimos tiempos. Una de las más notables es la necesidad de interrumpir que sienten los seminaristas y el retraso de las órdenes. Preferible a esto es dilatar el momento de ingreso en el seminario. Este es el origen del externado de «Obviam Christo».

El externado lo componen jóvenes decididos a ser sacerdotes. Continúan todos los estudios civiles, medios o universitarios, viven en su medio ambiente normal, tienen unas clases de formación cristiana semanales, al igual que la liturgia dominical. También tienen retiros mensuales o con ocasión de fiestas litúrgicas importantes y ejercicios espirituales anuales.

Continúan con este sistema de formación hasta terminar los estudios civiles y lograr el grado de madurez cristiana conveniente. Se piensa simultáneamente la Filosofía con los estudios civiles para poder pasar después directamente a la Teología.

Con esto termina la tarea de «Obviam Christo» y un método de pastoral vocacional. Actualmente se está elaborando una encuesta vocacional amplia que probablemente insinue nuevas formas de pastoral vocacional en nuestra Iglesia de hoy.